

—Sabes tú por casualidad, quién es el loco Rodríguez de la Boza que se ha arrojado al mar? Pues bien, ese mentado loco, no es otro que el señor General don Porfirio Díaz. He hablado con él y le he prometido que tú irías a verle inmediatamente y que le servirías en todo como amigo mío y como un buen hermano masón.

Coney al principio pensó que me chanceaba, pero muy serio seguí; "vete a su camarote que te espera; creo que el General está muy enfermo".

Como noté que todavía dudaba, le dije;

—Muchas veces te he hablado de un lunar de cabellos blancos que tiene el General Díaz en la cabeza, anda a su camarote y te desengañarás.

Abrió la puerta de mi cuarto y salió; dirigiéndose al que ocupaba el General Díaz, un momento después regresó y cerró mi puerta, yo lo esperaba con ansiedad.

—No hay duda—me dijo—es el General Díaz y debes saber que está muy enfermo; tiene una fuerte calentura. ¿Pero tú no has pensado en que estamos muy comprometidos? Figúrate, y lo sabes muy bien, que el señor Lerdo y la casa de Cardena son muy amigos de los Alexandre, si estos saben que yo me he mezclado en negocios de este país que no me importan; inmediatamente me lanzarán de la Compañía o línea. ¿Qué hago yo entonces? ¿Qué le doy qué comer a Rosa?

A pesar de mi miedo le contesté:

—No tengas cuidado hombre, qué comer a tí y a mí no nos ha de faltar, pues en mi casa lo hay, lo que es para Rosa, entre tú y yo podremos trabajar para ganar lo suficiente y darle lo que necesita. Piensa bien sin embargo que si la revolución triunfa que es de esperar, por supuesto si no agarran a este hombre, ¿qué papel jugaremos tú y yo? ¿qué tanto nos deberá a nosotros? Coney no dijo más, salió de mi camarote y regresó al del General Díaz pero al irse solamente dijo: "viremos".

Desde ese momento don Alejandro K. Coney tomó la responsabilidad y trabajó mucho, muchísimo para poder salvar de las garras del Gobierno del señor Lerdo al caudillo del Plan de Tuxtepec.

Desde este momento comienza la parte activa que tomó el señor Coney en el salvamento del General Díaz y puedo decir con sinceridad que trabajó mucho y en conciencia y que hizo todo lo que humanamente se pudo hacer, haciendo yo por mi parte lo que podía para ayudar al amigo contador en tan crítica situación.

Puede ser que en lo que sigue de esta historia cometa yo algún error, pero provendrá no a causa de mi mala memoria sino de lo que Coney me contaba de los trabajos que ejecutaba cerca del General de los cuales nunca fui testigo; pintaré los hechos tal como se fueron sucediendo.

Serían las siete de la noche cuando Coney salió de mi camarote; me fui directamente al del señor Teniente Coronel Arroyo, pero encontré a éste en el camino y me dijo:

—Hace más de diez minutos que ando en busca de usted.

—Pues señor es casual—le contesté—porque haré unos quince que hacía yo por encontrarlo.

Como es natural, la charla que entablamos fué con respecto al asunto de que todo el mundo hablaba a bordo:

—¿Qué le parece a usted el incidente que acaba de pasar? me dijo Arroyo con tono pensativo.

Muy grave—le contesté—porque es muy significativo que ese loco se botara al agua en ese estado y sin motivo,—¿usted qué cree? ¿Qué opinión tiene de eso?

—Yo creo—me dijo Arroyo—aunque es una simple sospecha, que puede ser el General Díaz y muy fácil será para nosotros apoderarnos de él y ponerlo preso.

—Sí, Coronel, es fácil ponerlo preso; pero le aconsejo que es preciso irse con mucho tiento, usted debe pensar ante todo, que estamos a bordo de un buque americano y que las circunstancias y cuestiones en este momento en la República vecina están en muy mal estado. Considere usted por un momento la situación del señor General Grant; este señor quiere ser presidente por tercera vez y en los Estados Unidos, aunque no hay ley que lo prohíba, hay sin embargo la costumbre desde el tiempo del Presidente Washington; en que los presidentes son reelectos solamente una vez. Usted sabe muy bien la cuestión que ha habido entre ese país y España, que poco

faltó para que se rompieran las hostilidades. Con los negocios de la frontera, en este momento estamos en un volcán; infinidad de buques de guerra de los Estados Unidos, cruzan por todas partes el Golfo de México, y dicen que es para proteger a sus ciudadanos, en fin, ese señor General Grant lo que busca es un conflicto cualquiera para declarar una guerra y como es de esperar hacerse dictador en los Estados Unidos a lo menos por un corto tiempo. Vámanos con mucho cuidado que todo se podrá arreglar bien y no seamos causa por nuestra ignorancia o por falta de pensar, comprometamos nuestro país en una cuestión internacional. Hable usted con el Capitán Phillips, es persona muy fina y atenta, dígame usted sus temores de que esa persona que se arrojó al mar la cree sospechosa, y no dudo que este señor Capitán le dara a usted la razón y atenderá a cualquiera petición que usted le haga.—Coney, el contador del vapor, habla lo mismo inglés que español y él le puede servir a usted como de intérprete.

Después de separarme del Sr. Arroyo, inmediatamente fui al cuarto del Capitán y le conté mi conversación con el Jefe del 13o. de infantería, acabé diciéndole:—ustedes buen amigo mío, y conoce mis opiniones sobre la política de México, además usted sabe que un hermano está en peligro. Muy secamente me contestó Phillips.

—Mis deberes como hermano yo los sé y dispéñeme le diga que no quiero que nadie me los enseñe.

No sé lo que Arroyo hablaría con el capitán, pero poco después que regresé a su camarote lo encontré hablando con el Mayor Ruiz.

Arroyo le ordenaba que pusiera algunos soldados cerca del camarote del hombre que se había arrojado al mar y que tuvieran mucha vigilancia con ese cuarto; mezclándome en la conversación le dije:

—Coronel, es muy feo que soldados se paseen a popa, donde hay solamente pasajeros de primera clase y oficiales del 13o. ¿qué, no se podría hacer este servicio con oficiales? pues tanto el Contador como el señor Capitán lo verían mejor y creo que por lo de los soldados va a surgir alguna diferencia.

—Pues bien Ruiz—dijo Arroyo—cuide usted de que el servicio se haga con los oficiales que den sus vueltas y se cambien de dos en dos horas”.

Después de esa orden todo quedó tranquilo a bordo del City of Havana. Llamaron para tomar el té y las mesas se ocu-

paron hasta las once de la noche, el cuarto de fumar estuvo lleno de jugadores, fumadores, etc., a la doce solamente sonó la campana que daba la señal de mudar las respectivas guardias de a bordo. Durmían todos menos los interesados en este drama, pues Coney y yo meditábamos un proyecto para salvar al Jefe de la Revolución. Cuando se retiró el contador me dijo: Medita un plan que yo pensaré cincuenta. Por supuesto a cada momento nos veíamos y nos comunicábamos nuestros pensamientos; la verdad todos eran malos e irrealizables, siempre les encontrábamos inmensos defectos; así fue Mr. Coney y yo nos retiramos muy tarde, confiando a la Providencia el desenlace de ese drama.

Al otro día me levanté a las ocho de la mañana y después de haber tomado el desayuno, salí sobre cubierta. El tiempo era nublado y soplabá fresco viento del Norte-franco, la mar traía esas olas bobas y gruesas seña inequívoca de haber habido mal tiempo fuera de la costa; eso basta para que la barra de Tampico esté cruzada y no puedan pasar las embarcaciones.

Coney se levantó poco después y dió sus medicinas al enfermo. Poco después distinguimos en el horizonte al N. N. E. un bulto negro segure un buque que hacía por la barra de Tampico, más tarde vimos un denso penacho de humo y una guinda como de un buque de guerra; comprendimos inmediatamente que era un vapor de guerra extranjero que venía al puerto: tres cuartos de hora más tarde vimos flotar en el pico de la cangreja el estrellado pabellón de los Estados Unidos. Navegó en nuestras aguas y se fondeó cerca de nosotros, por la proa del bergantín "Constante"; con mis anteojos pude distinguir el nombre; era la corbeta americana Swattara". Un bote del "Independencia" fué al costado de la corbeta, para hacer los honores de regamento. El "Swattara" a su vez echó un bote al agua y vino al costado de nuestro vapor; lo tripulaban seis bogas, un patrón, el contador de la corbeta, dos guardias marinos y dos negros que eran primero y segundo mayordomos.

El cielo ví abierto, cuando distinguí al buque de guerra americano, y le dije a Coney—Dios nos proteja, ahora podemos transtordar al General Díaz a bordo de tu paisano; ¿y quién le puede hacer algo cuando esté bajo la protección de ese buque? Nuestras esperanzas crecieron, cuando vimos llegar la falúa de guerra americana a nuestro costado. Los mayordomos se fueron a entender con el nuestro para comprar le hielo, jamones, y no sé qué otras cosas.—Mientras Coney y

yo nos llevamos a las guardias marinas y al Contador de la corbeta al despacho de a bordo. Los invitamos a "Champagne Cocktail", los obsequiamos con dos cajas de puros y después de las primeras palabras de cortesía Coney le contó al Contador, lo que había pasado a bordo del "City of Havana" quién era el personaje que teníamos a bordo y cuya vida estaba tal vez en peligro.

El contador contestó al señor Coney:

—No puedo responder a usted nada, pues tengo primero que conferenciar con mi comandante, para que nadie note nada, me voy primero con los guardias marinos, dejando aquí a los mayordomos y cuando el bote regrese por ellos le escribiré el resultado de mi entrevista con el Comandante y entonces sabiendo usted a qué atenerse obrará como mejor le convenga.

Aquí se hizo, mientras Coney se fué al camarote del General Díaz y habló con él largo rato. No sé lo que hablaron, pero lo que Coney me contó fué lo siguiente que honra altamente al señor General Díaz, no tan sólo como un valor a toda prueba, sino también como patriotismo y abnegación por su país.

—Le propuse al General—dijo Coney—que habiendo un buque de guerra americano en el puerto, había yo hablado con el Contador a fin de que se traspasara a él y se salvase así fácilmente, pues estando a su bordo, nadie le podía hacer nada.

—No acepto, Coney—dijo el General Díaz—mi deber es ir lo más pronto posible a Oriente o llego allá o habré muerto en el camino. No quiero deber a los Estados Unidos absolutamente nada; a amigos particulares, ya sean de esa nación o de otra; eso es otra cosa diferente.

Por supuesto, cuando escuché lo que Coney me contaba, mi cólera junto con mi miedo y no sé que otras cosas, todo se subió a mi cabeza y le contesté a Coney:

—Este hombre debe estar efectivamente muy enfermo o loco, pues quiere que le corten el pescuezo junto con el tuyo y el mío.

Después que ha pasado todo y he reflexionado, comprendo que el General Díaz tenía razón.

El bote de guerra regresó por sus provisiones y mayordomos y le entregaron a Coney un papel que según me leyó decía así:

"El comandante de este buque no rehusa tomar a bordo al señor de que hablamos en ese vapor, pero le aconseja lo lleven a Veracruz en cuyo puerto están fondeados el "Yantic", el "Huron" y el "Hardford" con el comodoro a bordo y lo pueden traspasar allá sin que crea haya inconveniente".

No hicimos caso de ese papel, puesto que la voluntad del señor General Díaz era la de llegar a Oriente.

El día se pasó sin novedad al anochecer. Coney y dos capitanes del 130. de infantería me invitaron a formar parte en un pequeño partido de Pocker; acepté y así jugamos algunas horas, hasta las once de la noche, hora en que Coney se levantó según dijo, a darle medicinas a su enfermo—al retirarse me dijo—"dale desquite a los señores, ya regreso". Les quise dar la revancha, pero mi suerte era tan buena, que siempre les gané; se convencieron que era imposible jugar con mala suerte, después de charlar un momento más, nos retiramos cada cual a su camarote. En aquel momento caía uno de esos aguaceros fuertes; que en los trópicos son tan comunes en los meses de julio y agosto. Me fuí a mi camarote, que como antes he dicho, estaba a babor junto a la máquina. Apenas me había yo acostado cuando vi pasar a Coney con dirección a popa, estaba cubierto con un capote y en la cabeza llevaba su gorra de uniforme. Permanecí yo en esta postura o posición, cuando reconocí a Coney que con otra persona venía para proa, inmediatamente reconocí en ese individuo al General Díaz que Coney conducía a su camarote; como este cuarto estaba en proa a babor junto al del Capitán; tuvieron que pasar y salir por encima de los soldados y mujeres de éstos, que acostados o recostados sobre la cubierta, envueltos en sus mantas, aguantaban la lluvia que caía a torrentes. Todo quedó tranquilo, y media hora después solamente se escuchaba el monótono sonido de la campana que daba los cuatro dobles de ordenanza para anunciar las doce y un fuerte chubasco que descargaba sobre nosotros.

Serían como las seis de la mañana del siguiente día cuando sentí golpes a mi puerta y vi a algunos que me despertaban entre los que figuraba el amigo Don Cándido de la Rosa.

—Hombre, levántese, me decían, pues el pájaro voló.

—¿Qué pájaro?—pregunté.

—Pues quien ha de ser, el loco de la peluca.

Fuimos a su camarote y en él encontramos un saco de noche que contenía algunas partículas de galletitas, recortes de

periódicos donde anunciaban la muerte del caudillo del "Plan de la Noria y Tuxtepec" y en fin, creo que también alguna ropa. Se registró el camarote, el salvavidas que había bajo del colchón había desaparecido; todo indicaba y denunciaba que el loco aburrido de una vida tan desgraciada se había lanzado por segunda vez al mar y había perecido entre las verdes aguas del Golfo Mexicano.

Dos horas después de estos acontecimientos el vapor "Iru" remolcando sus chalanes y lanchas, cruzaba la barra de Tampico y hacía rumbo para atracarse al costado del vapor "City of Havana".

Comunicaciones fueron escritas al señor General Flores, Comandante militar de Tampico donde se le anunciaban los acontecimientos que habían tenido lugar a bordo del vapor americano. Después de embarcar el resto de la tropa y de haber preguntado a la corbeta de guerra americana si habían recogido algún naufrago, comenzamos a levar y serían como las doce y media del día, cuando se dió la señal a la máquina de ir adelante. También el "Independencia" salía a la misma hora, solamente que este hizo proa a Veracruz, y nosotros hicimos rumbo a Tuxpan para no saltar la escala de itinerario. La música y la banda del 13o. batallón comenzó a ejecutar varias piezas de su repertorio concluyendo con el "Himno Nacional" mientras el naufrago General Don Porfirio Díaz escuchaba desde su escondite, esos acordes que, en épocas no lejanas habían sido tocados en su honor, para felicitar al vencedor, ¡todo había cambiado! en aquel momento, tenía un guardarropa por palacio. ¡Quién sabe lo que más tarde la suerte, el valor o la abnegación le depararía!

Cuando eso pensaba fué cuando encontré al señor Coney con una cara muy triste y ojerosa: se quita la gorra de la cabeza y me dice:

—Zamora, dime la verdad. ¿no tengo toda la cabeza llena de cara?

—¿Qué te pasa? le contesté

—Vamos, vamos a tu cuarto que te tengo mucho qué contar.

Así lo hicimos, cerramos la puerta y me contó una historia dramática en extremo; pero que en aquel momento no me hizo mucha gracia a pesar de tener la cara tan asustada, que hubiera hecho reír al Capitán Phillips, esta historia la comenzó así:

—Anoche después que me llevé al General Díaz de su camarote y lo escondí en el mío, me convencí completamente, que ya sea por la fuerte fiebre que tenía o por la debilidad de su cerebro, el caso es que estaba como un verdadero loco; al llegar a mi cuarto le dije, aquí tiene usted mi cama para acostarse y hágalo pronto para que descanse, pues está usted muy débil a causa de la calentura, duerma bien que mientras velaré yo; aquí tiene usted un revólver y colgada hay una espada para cualquiera eventualidad, por lo demás tenga usted confianza en mí. Díaz se acostó y yo como pude me acomodé en el sofá, hacía media hora que estábamos descansando cuando escuché que estaba delirando: de repente se escuchó fuera del camarote un pequeño ruido que yo no sé qué sería. Díaz salta de la cama presurosamente y se dirige a abrir la puerta y salir del camarote; pero me le interpuse en el camino y con palabras algo agrias y firmes le dije que me estaba comprometiéndome y que si no tenía confianza en mí que me lo dijera francamente y no me mezclaría en nada dejándole correr su suerte; lo convencí y se acostó de nuevo, también así lo hice yo. Pasaron unos tres cuartos de hora, y lo escuché que se levantaba muy apresuradamente con gran sorpresa mía sentí el cañón del revólver que lo tenía en la frente; considero cómo me quedaría, con el mismo miedo ni me moví. De pronto se arrepintió y cuando se había retirado, me levanté y le dije lo que había hecho: —Sí, me contestó, de repente me dan una especie de ataques como de locura, yo mismo lo siento en el cerebro, tenga usted esta pistola y no me la vueva. —Yo para darle confianza se la entregué otra vez diciéndole que la guardara y que en caso de necesidad se defendiera con ella.

Esta fué la historia que me contó Con y y por mi parte tenía ganas de reír al contemplar los tristes ojos que hacía y que se veían a través de sus inseparables espejuelos; pero las circunstancias de aquel momento no eran para estar contentos y mucho menos para chancar; así fué que nos retiramos tristes y por mi parte sentía lo ocurrido.

Al otro día en la mañana comunicamos con Tuxpan y después de haber llenado con la Aduana y Capitanía las formalidades de costumbre, salimos de ese puerto rumbo al de Veracruz donde llegamos en la mañana del día siguiente, al mismo tiempo que el vapor de guerra "Independencia." Por supuesto en toda esa travesía todos cuantos grupos se formaban, ca-

da uno de ellos tenía la opinión sobre la posibilidad de que fuera el General Díaz el hombre que se lanzó al agua en Tampico y si esta persona se había trasbordado a la corbeta americana, pues algunos apostaban que lo habían distinguido a bordo de ese buque de guerra; otros que de seguro el loco había perecido entre las olas o que estaba escondido a bordo todavía y en fin, designaban a una u otra persona como el que le había prestado ayuda para su fuga y salvación.

ESTANDO ANCLADOS EN VERACRUZ EL GENERAL JUAN L. ENRIQUEZ, COMANDANTE DE RESGUARDO DE ESA ADUANA, SE HACE CARGO DE LA SALVACION DE DIAZ Y AYUDADO POR LOS AMIGOS CUYOS NOMBRES IRE DICIENDO EN LA SIGUIENTE RELACION REALIZAN FELIZMENTE SU OBJETO

La Sanidad llenó las formalidades de puerto e inmediatamente desembarqué en su falua, puesto que era la primera que llegaría a tierra. . . . Al pasar bajo lo portada del muelle, encontré al General Enríquez y en lugar de saludarlo con las palabras de estilo le hablé con rápidas frases, en ellas se conocía al momento el inmenso temor que me dominaba, las palabras que le dirigí fueron estas:

—El General Díaz está a bordo, ha sido descubierto y es preciso salvarlo.

Enríquez palideció a su vez y me contestó:

—Entregue su correspondencia y lo aguardo en el callejón de la Lagunilla para que podamos hablar.

Así lo hice, fuí al Correo y al rendir el parte del viaje; di cuenta al Jefe que lo era Don Angel María Vélez, de las novedades ocurridas en el viaje. Algunas preguntas me dirigió, pero yo conté solamente lo que todo el mundo sabía a bordo, pues habían sido testigos oculares. Don Angel me ordenó fuera inmediatamente a la casa del General Carrillo y le contara el parte que había dado; yo al principio me resistí diciéndole al Administrador: "No quiero que piense el señor General Carrillo que tengo obligación de darle parte de lo que ocurre en el mar: así es que le suplico a usted mande a otra persona de esta oficina.

Se empeñó el señor Vélez en que yo personalmente viera a Carrillo, diciéndole que el Administrador de Correos (mi jefe) me encargaba le relatara lo ocurrido a bordo en aquel viaje. Me dirigí a la habitación del señor General Carrillo y no encontrándole en ella; la señora esposa de este señor me advirtió que lo podía encontrar en el Muelle fiscal; pues había salido a recibir unas fuerzas que llegaron en el vapor americano. Dí las gracias a esta Señora, me despedí y fuí a encontrar al General Enríquez que hacía momentos me esperaba con gran impaciencia.

Le conté la historia detalladamente y aconsejado por Enríquez me fuí en busca del General Carrillo a quien encontré en la plazoleta que forma la Aduana y la Jefatura de Hacienda. le hablé y suplicándole unas palabras lo llevé aparte de sus ayudantes, le conté la misma historia que a Don Angel Vélez y le dije que el señor Administrador de Correos me había ordenado le comunicara de su parte la historia que había tenido el gusto de relatarle. Me preguntó mi opinión sobre el asunto y al momento le contesté: General, en mi vida he tenido la oportunidad de conocer al señor General Díaz, pero como esta historia que le he contado es tan especial y tan rara, a mi modo de ver no puede ser otra persona la que se tiró al agua que el General Díaz del cual hace mucho tiempo nada se sabe de él. En estos momentos apareció el Teniente Coronel Arroyo y preguntándole Carrillo por las novedades le contestó:—Nada de particular solamente tuvimos un percance en Tampico y fue la botada al agua de un pobre loco y refirió la misma historia que había yo contado, con la sola diferencia de que yo no aseguraba pero tenía sospechas que fuera el señor General Díaz; mientras el Sr. Arroyo opinaba que era un pobre loco que se había suicidado. Antes estas opiniones, primero la de un porfirista reconocido como era yo y que sospechaba en la presencia del señor General Díaz y por el otro lado la de un Teniente Coronel del Ejército gobiernista como era natural y cuya opinión era completamente diferente; el General Don Marcos Carrillo se confundió o no sé lo que en su imaginación forjaría. Así pues, aprovechando este momento me despedí y me fuí con el pretexto de ir a saludar a mi señora madre a la cual no había visto todavía.

Inmediatamente después que me separé del General Enríquez éste se puso en movimiento; lo primero que hizo fué ver

al Jefe de Estación de Veracruz que lo era don Angel Arneaud, se puso de acuerdo con este señor y prepararon una locomotora y un vaporcito del Ferrocarril Mexicano para estar listos a cualquier eventualidad; pasó por la casa del General Luis Mier y Terán cuyo dependiente y socio era Don Mariano Fernández, le contó lo que ocurría y que estuviera él y su gente preparada a todo lo que se ordenara; vió a Don Manuel Leví y a Don José María Melgar que en todos tiempos y casos fueron sus ayudantes, Manuel Leví principalmente fué una de las personas que más le sirvieron, en fin, vieron a Don Agustín Marañón y arreglaron que un señor de Boca del Río cuyo nombre no recuerdo y que estaba en Veracruz sirviera de Guía. Marañón y el guía salieron a caballo de Veracruz y se fueron a apostar en la playa para aguardar al fugitivo. Al mismo tiempo le mandaba a bordo del americano una lancha de descarga tripulada por Joaquín Alpuche, Abraham Aguirre, Manuel Caldelas, Joaquín Cruz y otros que no recuerdo.

Abraham subió al City of Havana y le pidió al Contador Coney le entregara EL JAMON QUE TRAIA PARA DON JUAN. Como fué Aguirre quien subió a bordo y el General Díaz desconfió de él pues no le conocía, tuvo que regresar a tierra y con Juan Alpuche me remitió el General Enríquez el siguiente recado el cual recibí con desagrado: "Dice el Comandante que vaya usted a bordo para poder sacar al General Díaz."

Al recibir este recado toda la sangre se me subió al cerebro y contesté palabras que no recuerdo, pero seguro fueron de aquellas que no se usan en sociedad y que se dicen solamente en un estado de cólera como en aquel momento estaba yo.

"Dice Don Juan que usted tiene mucho miedo (me dijo Alpuche)".

—Contéstele usted que sí que tengo mucho, pero que a pesar de ese miedo pienso y no se me cierra el entendimiento, ¿qué no calcula que al presentarme yo a bordo las sospechas serían tales que a Díaz y a mí nos atraparían al momento? más aún cuando no tengo costumbre de regresar a bordo mientras el vapor está en Veracruz,

Volvió Aguirre a bordo y esta vez fué Alpuche quien habló con Coney y Díaz; no sé qué disputa hubo entre Alpuche y Coney, pero lo cierto es que uno opinaba que desembarcara al momento el General y el otro que sería mejor en la noche, pa-

rece que ganó la primera opinión, pues el general Díaz fué vestido con el traje que usan comunmente los lancheros de Veracruz, lo bajaron al entrepuente por la cámara de segunda clase y por el portalón de babor a proa, lo hicieron saltar a la lancha de Alpuche escondiéndolo en seguida en el Castillo de proa, lugar de cadenas, anclotes y madereros. La lancha cargó pacas de algodón y desatracoó.

En aquel mismo momento los soldados del 13o. salían por la escala principal para desembarcar en Veracruz. La lancha con su carga hizo rumbo al muelle fiscal, quince minutos después se atracó a la parte norte de éste y empezó inmediatamente su descarga en verdad trabajaban muy aprisa, pero para nosotros duró una eternidad. El General Enríquez desde la casa de Don Manuel Laví que estaba frente al muelle observaba con unos gemelos los movimientos de todos; parecía un General que temía perder una batalla, pero aunque pálido por la emoción daba sus disposiciones que se obedecían con prontitud, regularidad y sobre todo con abnegación.

Cuando fué descargada la lancha comenzó la disputa entre Alpuche y el amo de la embarcación que lo era un señor Malpica, español de nacimiento, pero que había permanecido muchos años en este país. La disputa se reducía a cuál era el lugar donde debía fondear la lancha: Malpica decía que al bajo de la caleta y Alpuche que no, que se iba al "Pastelillo"; pero cuando se acercó uno y le dijo a Malpica la razón por qué quería Alpuche fondear en el Pastelillo, acabó tal disputa y la lancha desatracoó del muelle.

Como es costumbre, los lancheros se fueron con las palancas para tomar barlovento y cuando estuvieron a unos cuatrocientos metros del fuerte de Santiago que está situado al Sur de Veracruz; atracaron a la lancha el botecito que cada uno de ellos tiene, y de él se sirvieron para poner en la playa al señor General Díaz; éste, viéndose en tierra firme exclamó: "Por fin, puedo estar derecho". Caminó algunas varas en conversación con el señor Marañón hasta donde encontraron al guía con los caballos. Marañón le entregó algún dinero, pistola parque y se despidió.

El señor General Díaz montó a caballo y tomó el camino de Boca del Río. Un correo que se le mandó después, llamado Santa María lo alcanzó en la Mateza, lugar donde los defensores del Plan de Tuxtepec se encontraban.

El General Enríquez personalmente sacó de Veracruz ese día, armas, parque e infinidad de otras cosas. El compañero del General Díaz o sea el Doctor Jonnes, no desembarcó en Veracruz y el General Enríquez le dió dinero para que siguiese su viaje desembarcando en Progreso, Yuc. Mi hermano Vicente que se encontraba en Mérida lo atendió todo el tiempo que permaneció en aquella ciudad, y lo acompañó hasta Progreso cuando se embarcó con dirección a Tuxpan.

Mis apuntes sobre este drama finalizan aquí y sólo me queda la gran satisfacción de que son exactos, y de haber dado al "César lo que del César es".

MUNUEL GUTIERREZ ZAMORA.

## APENDICE

Los documentos que se insertan en seguida, se han obtenido, casi en su totalidad, después de escritas las páginas que anteceden y ellos vienen siempre a confirmar, y en muy pocos casos a rectificar las aseveraciones contenidas en aquellas. No han podido obtenerse todos los que serían necesarios para comprobar cada uno de los hechos relacionados en este trabajo, para lo cual son verdaderamente incompletos; pero se consiguen cuantos se han conseguido hasta el día de la impresión de estas páginas.

En muy pocos casos y en detalles que son relativamente secundarios, vienen esos documentos a demostrar que se había incurrido en ligeras inexactitudes, que quedan rectificadas con la inserción de los mismos.

Si estas MEMORIAS se hubieran dictado teniendo a la vista esos documentos, se habrían evitado ligeras discrepancias; pero como el propósito al escribirlas fué el de consignar la verdad, no se ha vacilado en hacer las rectificaciones que se desprenden de los mismos.

Se intercalan además en este apéndice, algunas adiciones al texto de las MEMORIAS, que contienen incidentes de carácter político, y que se recordaron después de impresas las páginas en que ellos se relatan.